

Eduard Limónov

SOY YO, ÉDICHKA

Traducción de Ana Guelbenzu



M A R B O T

Título original: Это я, Эдичка

Publicado por primera vez en francés, en 1979,
por Éditions Ramsay

Traducción del original ruso de Ana Guelbenzu
Diseño de cubierta de Xavier Carbonell
Maquetado por Estudi Purpurink

1ª Edición septiembre 2014

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas, la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios.

© de la traducción: Ana Guelbenzu
© 2014 de todas las ediciones en castellano
Marbot Ediciones

e-mail: marbot@marbotediciones.com
www.marbotediciones.com

ISBN: 978-84-92728-46-6
BIC: BGLA
Depósito legal: B 21239-2014

Impreso en Gràfiques 92, S.A.
Avda. Can Sucarrats, 91 08191
Rubí (Barcelona)
Impreso en España - Printed in Spain



AD VERBUM

Published with the support
of the Institute for Literary Translation (Russia)

SUMARIO

I. El Hotel Winslow y sus habitantes	7
II. Yo, ayudante de camarero	35
III. Otros y Raymond	59
IV. Chris	87
V. Carol	107
VI. Sonia	129
VII. Donde ella hacía el amor	147
VIII. Luz, Alioshka, Johnny y otros	171
IX. Roseanne	205
X. Leopold Senghor y Benjamin	235
XI. Gano dinero	249
XII. Mi amiga Nueva York	271
XIII. La nueva Elena	295
Epílogo	325

EL HOTEL WINSLOW Y SUS HABITANTES

Si pasas entre la una y las tres de la tarde por la avenida Madison, donde se cruza con la calle Cincuenta y cinco, no te hagas el remolón, inclina hacia atrás la cabeza y levanta la vista hacia las sucias ventanas del edificio negro del Hotel Winslow. Allí, en la última planta, la decimosexta, en el balcón del medio de los tres que tiene el hotel, estoy sentado yo, medio desnudo. Suelo comer *schi** mientras el sol me abrasa, soy un gran amante del sol. El *schi* con col agria es mi sustento habitual, como una cazuela tras otra, cada día, apenas como nada más. La cuchara con la que como el *schi* es de madera, la traje de Rusia. Está decorada con flores doradas, rojas y negras.

Las oficinas de alrededor me observan intrigadas, con sus paredes de cristales ahumados y sus mil ojos de oficinistas, secretarias y gerentes. Una persona casi desnuda, y a veces del todo, que come *schi* de una cazuela. De hecho, no saben que es *schi*. Ven que una vez cada dos días ese tipo cocina algún plato primitivo que echa humo allí mismo en el balcón, en una olla enorme y con un hornillo eléctrico. En algún momento también zampé pollo, pero después dejé de hacerlo. Las ventajas del *schi* son cinco:

* Sopa típica rusa de col. (*N. de la t.*).

1. Es muy barato, dos o tres dólares por una cazuela llena, ¡que dura dos días!
2. No se agria fuera de la nevera ni siquiera cuando hace mucho calor.
3. Es rápido de preparar: hora y media en total.
4. Se puede y se debe comer frío.
5. No hay mejor comida para el verano porque es agrio.

Sofocado, como desnudo en el balcón, no me cohíben esos desconocidos de las oficinas y sus miradas. A veces incluso cuelgo un pequeño transistor verde a pilas de un clavo hendido en el marco de la ventana, me lo regaló Alioshka Slavkovi, un poeta que se está preparando para ser jesuita. Amenizo la ingesta de alimentos con música, y prefiero la emisora española. No soy vergonzoso. A menudo voy con el culo al aire y el miembro blanco en comparación con el resto del cuerpo por mi habitación poco profunda, y me importa un bledo si me ven o no, ya sean oficinistas, secretarias o gerentes. Más bien prefiero que me vean. Probablemente ya están acostumbrados a mí, a lo mejor se aburren los días que no salgo a rastras al balcón. Creo que me llaman «el *crazy* de enfrente».

Mi habitación mide cuatro pasos de largo por tres de ancho. De las paredes cuelgan, por encima de una mancha heredada de los antiguos inquilinos: un gran retrato de Mao Tse Tung, motivo de espanto de todo aquel que pasa por mi casa; un retrato de Patricia Hearst; una fotografía mía con un icono y una pared de ladrillos al fondo, yo con un tomo grueso en las manos, tal vez un diccionario o la Biblia, y una americana formada por ciento catorce trocitos que cosí yo mismo, Limónov, el monstruo del pasado; un retrato de André Breton, fundador de la escuela surrealista, que llevo conmigo desde hace muchos años, aunque normalmente los que vienen a mi casa no conocen a André Breton; un llamamiento a defender los derechos civiles de los homosexuales; alguna que otra proclama más, además de un cartel que invita a votar por los candidatos del Partido de los Trabajadores; cuadros de mi amigo el pintor Jachaturian y un montón de papelitos. En el cabezal de la cama tengo un cartel que dice: «Por vuestra y nuestra liber-

tad», tomado de una manifestación realizada junto al edificio del New York Times. La decoración de las paredes se completa con dos estanterías de libros, básicamente poesía.

Creo que ya tenéis claro qué tipo de tío soy, aunque se me ha olvidado presentarme. He empezado a enrollarme pero no os he informado de quién soy yo, se me ha olvidado, me he perdido en la conversación, contento ante la posibilidad, por fin, de dirigir mi voz hacia vosotros, pero no he aclarado a quién pertenece. Perdón, culpable, ahora lo arreglo todo.

Recibo una prestación social. Vivo a vuestra costa, vosotros pagáis impuestos y yo no hago una mierda, voy un par de veces al mes a una oficina espaciosa y limpia en Broadway 1515 y me dan mis cheques. Me considero un canalla, un despojo de la sociedad, no tengo vergüenza ni conciencia porque no me martiriza, no tengo intención de buscar trabajo, quiero recibir vuestro dinero hasta el fin de mis días. Y me llamo Édichka.* Y aún os salgo barato. Vosotros salís a primera hora de la mañana de vuestras camas calientes y, unos en coche, otros en metro y autobús, vais corriendo al trabajo. Yo odio trabajar, como mi *schi*, bebo, a veces me emborracho hasta perder el conocimiento, busco aventuras en barrios siniestros, tengo un traje blanco brillante y caro, un sistema nervioso delicado, y me estremezco al oír vuestras risotadas uterinas en los cines y arrugo la nariz.

¿Que no os gusto? ¿Que no queréis pagar? Es muy poco dinero: 278 dólares al mes. No queréis pagar. ¿Y para qué mierda me habéis llamado, para qué me habéis arrancado de Rusia para venir aquí junto con un montón de judíos? Presentad vuestras reclamaciones ante vuestra propaganda, porque es demasiado fuerte. Es ella, y no yo, la que os vacía los bolsillos.

¿Quién era yo allí? Qué más da, qué diferencia hay. Yo, como siempre, odio el pasado en nombre del presente. Era poeta, sí, poeta, por si os interesa saber de qué tipo no era un poeta oficial, era clandestino, pero ese poeta se fue por donde vino y ahora soy uno de los vuestros, soy un despojo de

* Édichka es el diminutivo de Eduard, pero en ruso son mucho más frecuentes que en castellano y no tienen la misma connotación infantil. (N. de la t.).

esos que alimentáis con *sch*i y emborracháis con vino barato y malo de California, a tres con cincuenta y nueve la botella, y aún así os aborrezco. No a todos, pero sí a muchos. Porque vuestra vida es aburrida, porque os habéis vendido a la esclavitud del trabajo, por vuestros vulgares pantalones de oficinista, porque no hacéis más que ganar dinero y nunca habéis visto mundo. ¡Una mierda!

Me he dispersado un poco, he perdido los estribos, perdonad, pero la objetividad no es uno de mis fuertes, además hoy hace mal día, llovizna, es un día gris y aburrido en Nueva York, un fin de semana vacío, no tengo adónde ir, tal vez por eso me he saltado mi estado de ánimo habitual y me he puesto a insultaros demasiado. Disculpad. Seguid viviendo, y rezad a Dios para que siga sin saber usar el inglés correctamente el mayor tiempo posible.

El Hotel Winslow es un edificio lúgubre y negro de dieciséis plantas, probablemente el más negro de la avenida Madison. El letrero que recorre de arriba abajo la fachada dice «WINSL W», se cayó la letra O. ¿Cuándo? A lo mejor hace cincuenta años. Me instalé en el hotel por casualidad, en marzo, después de mi tragedia, cuando mi esposa Elena me dejó. Iba yo de calle en calle por Nueva York, extenuado, descalzo y con los pies ensangrentados, pasando la noche cada día en un sitio nuevo, a veces en la calle, cuando al fin fui acogido por el ex disidente y ex mozo de cuadra del hipódromo de Moscú, el primer beneficiario del subsidio social (se enorgullece de haber sido el primer ruso en dar con él), Alioshka Shneerzon «el Salvador», un hombre gordo y desaliñado que me llevó de la mano hasta el centro de los servicios sociales de la calle Treinta y uno sin parar de resoplar y logró que en un día recibiera con carácter de urgencia el subsidio que, pese a todo, me relegaba a los bajos fondos de la vida y me convertía en un ser desdenable y sin derechos, pero yo me cago en vuestros derechos, por eso no tengo que ganarme el pan ni la habitación y puedo escribir tranquilamente mis versos, que nadie necesita para una mierda ni aquí, en vuestra América, ni allá, en la URSS.

¿Pero cómo acabé en el Winslow?

Un amigo de Shneerzon, Edik Brutt, vivía en el Winslow, y

yo también empecé a vivir allí, a tres puertas de él. Toda la decimosexta planta está ocupada por celdas, por otra parte igual que muchas otras plantas. Cuando conozco a alguien y menciono el lugar donde vivo, me mira con respeto. Pocos saben que en un sitio así sigue habiendo un hotelucho viejo y sucio poblado por ancianos y ancianas en la pobreza y por judíos solitarios procedentes de Rusia, un lugar donde apenas la mitad de las habitaciones tienen ducha y lavabo.

La desgracia y la adversidad acechan invisibles en nuestro hotel. En el tiempo que llevo viviendo aquí, dos ancianas se han tirado por la ventana: una de ellas, francesa según me dijeron, aún conservaba vestigios de belleza en el rostro, la encontraba siempre paseando sin consuelo por el pasillo, y se lanzó desde la decimocuarta planta al patio, al pozo. Aparte de estas dos víctimas, hace muy poco que el Señor se llevó a la dueña, mejor dicho, a la madre del dueño, un enorme judío elefantino con gorro oriental al que conocí no sé cuándo en una fiesta en casa de mi amiga americana Roseanne. A la madre del propietario, como a todas las señoras mayores, le encantaba mandar en el hotel, aunque el dueño de nuestro mugriento establecimiento era además propietario de otros cuarenta y cinco edificios en Nueva York. No sé por qué le producía placer estar todo el día ahí plantada dando órdenes a los trabajadores del hotel. A lo mejor era una sádica. Hace poco desapareció, la encontraron al anochecer, en el hueco del ascensor, en forma de cadáver arrugado y desfigurado. El diablo vive entre nosotros. He visto muchas películas de exorcistas y empiezo a pensar que es el diablo. Desde mi ventana se ve el Hotel St. Regis-Sheraton. Envidio ese hotel, e inconscientemente sueño con mudarme allí si me hago rico.

En el hotel se trata a los rusos como a los negros antes de la abolición de la esclavitud. Se nos cambia la ropa de cama con menos frecuencia que a los americanos, y en todo el tiempo que llevo viviendo aquí no han limpiado ni una sola vez la alfombra de nuestra planta, que está horriblemente sucia y polvorienta; a veces el viejo grafómano americano de la habitación de enfrente, ese que no para de aporrear la máquina de escribir, sale en calzoncillos, coge la escoba y, a modo de gim-

nasia matutina, barre la alfombra con energía. A mí me dan ganas de decirle que no lo haga porque lo único que consigue es levantar el polvo en el aire y la moqueta sigue igual de sucia, pero me sabe mal privarle de sus ejercicios físicos. A veces, cuando me emborracho, me parece que el americano es un agente del FBI puesto allí con la misión de seguirme.

Nos dan las sábanas y las toallas más viejas, y yo mismo me limpio el lavabo. En definitiva: somos gente de la peor calaña.

Creo que el personal del hotel nos considera unos inútiles holgazanes que han venido a devorar América, un país de trabajadores honrados con sus peinados de cogote afeitado. Ya me lo conozco. En la URSS también estaban todos siempre renegando de los parásitos, diciendo que había que ser útil a la sociedad. No es culpa mía que ninguno de los dos Estados necesite mi trabajo. Yo hago mi trabajo, ¿dónde está mi dinero? Los dos Estados se llenan la boca diciendo que tienen una organización justa, ¿pero dónde está mi dinero?

La gerente del hotel, Ms. Rogoff, una arpía con gafas y apellido polaco-ruso que en algún momento me aceptó en el hotel bajo la protección de Edik Brutt, no me soporta. Y para qué mierda necesitaba yo la protección de nadie si el hotel estaba lleno de habitaciones vacías, quién iba a vivir en esos cuchitriles. A la señora le cuesta encontrar un motivo para tomarla conmigo, pero se muere de ganas. A veces encuentra un pretexto. Así, si los primeros meses pagaba mi habitación en dos plazos, al cabo de un tiempo de repente me exigió que pagara el mes por adelantado. Formalmente tenía razón, pero a mí me era más cómodo pagar en dos plazos, los días que recibía mi subsidio. Se lo dije, y ella me contestó: «¿Y para comprarte trajes blancos y beber champán sí que tienes dinero?»

Yo no hacía más que pensar qué champán, a qué champán se refería. A veces bebía champán de California, normalmente en compañía de Kiril, un joven amigo mío de Leningrado, ¿pero cómo lo sabía ella? Normalmente bebíamos champán en Central Park. Hasta pasado un tiempo no recordé que, una vez que nos reunimos por el cumpleaños de mi viejo amigo el pintor Jachaturian, cuyos cuadros tengo colgados en la pared, compré, es cierto, una botella de champán soviético de diez

dólares y la puse en la nevera para llevarla a la celebración por la noche. Por lo visto Ms. Rogoff comprobaba personalmente todos los días mi nevera, o lo hacía bajo sus órdenes la asistente, la que limpiaba (o no limpiaba) mi habitación. «Y usted recibe el subsidio social... —dijo en aquella ocasión Ms. Rogoff—. ¡Pobre América!», exclamó con cierto patetismo. «El pobre soy yo, no América», le contesté entonces.

Más tarde se aclararon definitivamente las causas de su animadversión hacia mí. Cuando me aceptó en el hotel pensaba que era judío. Luego, después de observar detenidamente mi crucecita azul con el esmalte desconchado, mi único patrimonio y adorno, comprendió que no era judío. Un tal Marat Bagrov, antiguo empleado de la televisión moscovita y que por aquel entonces aún vivía en el Winslow, me dijo que Ms. Rogoff se le quejaba de que Edik Brutt la había engañado y le había llevado a un ruso. Así, señores, experimenté en mi propio pellejo qué es la discriminación. Es broma: los judíos no viven mejor que yo en nuestro hotel. Creo que, más que el hecho de que no sea judío, lo que no le gusta a Ms. Rogoff es que no parezco infeliz. De mí solo se exigía una cosa: parecer infeliz, saber cuál es mi sitio y no andar por ahí, hoy con un traje y mañana con otro, ante los ojos pasmados de los espectadores. Creo que la complacería mirarme si estuviera sucio, caminar encorvado y fuera viejo. Esa es una visión tranquilizadora, y no la de un perceptor del subsidio con camisas de encaje y chalecos blancos. Es más, en verano llevaba pantalones blancos, sandalias de madera con plataforma y una camisa pequeña que me quedaba ceñida: siempre voy con lo mínimo. Eso también fastidia a Ms. Rogoff. Un día, cuando volvía conmigo en el ascensor, me dijo, mirando con desconfianza mis sandalias y los pies desnudos y bronceados:

—*You like hippy. Russian hippy* —añadió sin sonreír.

—No —dije yo.

—Sí, sí —replicó ella, convencida.

El trato del resto del personal conmigo es así, así. Solo tengo buena relación con el japonés, o a lo mejor es chino, no los diferencio mucho, pero siempre me sonríe. También me saludo con un indio con turbante, me resulta agradable a la vis-

ta. Todos los demás han caído en falta conmigo en mayor o menor medida, y solo hablo con ellos si es para pagar dinero o para que me entreguen una carta o un mensaje telefónico.

Así es mi vida. Los días van pasando uno tras otro, ya han demolido prácticamente un bloque de viviendas entero frente al hotel, en la avenida Madison, van a construir un rascacielos americano. Algunos judíos, y medio judíos, y otros que se hacen pasar por judíos, se han ido del hotel y se han instalado otros en su lugar. Se comportan como los negros en Harlem, viven en comuna, por las noches salen a la calle y se sientan al lado del hotel en los nichos de las ventanas, alguno va dando tragos de un paquetito con bebida y charlan sobre la vida. Si hace frío se reúnen en el vestíbulo, ocupan todos los bancos y entonces el espacio se llena de ruido y jaleo. La administración del hotel se pelea con las costumbres colectivas de los oriundos de la URSS por su propensión al gitanismo, pero siempre en vano. Es imposible obligarles a no reunirse y no sentarse delante del hotel. Y aunque es evidente que esas campechanas reuniones ahuyentan del hotel a las posibles víctimas que estuvieran de paso y de pronto decidieran entrar, parece que ahora la administración ha desistido, qué se le va a hacer.

Yo no tengo mucha relación con ellos. Nunca me paro, me limito a pronunciar las palabras «buenas noches» o «hola a todos». Eso no significa que me lleve mal con ellos, pero a lo largo de mi vida, de mi vida nómada, he visto tantos rusos y judíos rusos distintos que me parecen todos iguales, no me interesan. A veces «lo ruso» brota de forma más clara en los judíos que en los rusos de pura cepa.

Ahora que viene a cuento, hablaré de Semión, un tipo judío canoso que mi ex mujer Elena y yo conocimos en Viena. El tal Semión le ofreció trabajo a Elena. Tenía que trabajar de noche en un pub nocturno de su propiedad llamado Troika, situado al lado de la catedral de San Esteban y de un burdel, y servir alcohol y caviar a trasnochadores ricos. El sueldo que prometió era tan alto que enseguida pensé: «Semión no necesita a Elena de camarera, apunta más alto, está claro que quiere acostarse con ella.» Aún así no me enfadé, por aquel entonces creía en mi esposa y ella aún me quería, así que yo estaba

completamente tranquilo.

Por supuesto, no permití que Elena trabajara de noche, en realidad no quería que trabajara en absoluto, pero al conocer a Semión vimos que era un tipo agradable y quedamos varias veces con él en su Troika, y luego en el restaurante que compró con otros dos hombres de negocios.

Semión era de Moscú, luego vivió en Israel, sabía hacer dinero, consiguió incluso sacarlo de la URSS, prosperó. En nuestra última noche en Viena, que pasamos en su restaurante, se abrió a nosotros de verdad cuando se puso a beber y, medio borracho, soltó:

—Aquí he tenido a muchas mujeres, pero ninguna me ha interesado, son frías, espantosas, me dan miedo, todo en ellas me repele. Me dan miedo, por Dios.

Luego Semión se puso a hablar de las mujeres rusas, de Moscú. En aquel momento me resultó extraño lo que decía. Más tarde me he cansado de oír monólogos nostálgicos en Italia o América, aunque quienes los pronunciaban eran emigrantes desgraciados que no tenían trabajo, no sabían adónde ir ni por dónde empezar. Semión sí lo sabía, el restaurante caro donde estábamos era testimonio de ello. Entonces le regaló rosas a Elena, las vendía una mujer con pañuelo, ridícula y conmovedora, aquello era la pequeña, acogedora y sentimental Europa, y no la enorme América metálica, allí había mujeres que repartían rosas. Bebimos vodka, Semión le pidió a la orquesta que tocara *Póliushko Pole*, vi que estaba llorando y las lágrimas caían en la copa de vodka.

—Nos reíamos del concepto de patria —dijo Semión—, y ahora que estoy aquí sentado, oyendo cómo tocan esta canción, me duele el alma, qué coño voy a ser judío: soy ruso.

Luego se fue sin nosotros en su potente coche azul, hacia Viena, donde había algunos locales para divertirse, y nosotros salimos a contemplar la ciudad. Iba muy rápido y había bebido mucho. Cuando ya estaba en América supe que se estrelló con el coche. Murió.

Por supuesto, solo he contado este destino particular, señores, porque yo no divido a las personas procedentes de la URSS en rusos y judíos. Todos somos rusos. Las costumbres,

los hábitos tan dispares de mi pueblo han arraigado en ellos, y tal vez los han destrozado. En cualquier caso, tristemente sé por experiencia que las costumbres rusas no dan la felicidad.

Así que no me paro con ellos junto al hotel, me voy a mi habitación. ¿De qué voy a hablar con ellos? ¿De sus desgracias, de cómo se cansan trabajando en el taxi o en otro sitio? Hace poco, después de un «hola a todos», pasé por su lado camino de Nueva York. Había un tipo nuevo con aspecto de judío georgiano, o más bien de georgiano de nacimiento enmascarado de judío para poder irse de la URSS, que me gritó por detrás:

—¿Y tú, también eres ruso?

—En realidad se me ha olvidado quién soy —dije sin pararme.

Cuando volví al cabo de dos horas pasé de nuevo por su lado, ya de vuelta de Nueva York. El mismo tipo bigotudo y negruzco me dijo, mirándome con resentimiento:

—¿Y tú qué, te has hecho tan rico que no quieres pararte a hablar? —Me pareció gracioso, me eché a reír, pero aún así no me paré para no dar pie a presentaciones. Ya tengo demasiados conocidos rusos. Cuando uno se encuentra en una situación de mierda no tiene muchas ganas de tener amigos y desconocidos desgraciados, y casi todos los rusos llevan marcado el sello de la infelicidad.

Se les reconoce de espaldas por una especie de abatimiento reprimido que impregna toda su figura. Sin apenas tener trato con ellos, siempre los reconozco en el ascensor. El abatimiento es su principal seña de identidad. Entre la primera y la decimosexta planta aprovechan para hablar contigo, para enterarse de si esa América de doscientos años de historia dará la nacionalidad estadounidense a todos los nuevos emigrantes; tal vez exijan redactar una solicitud al presidente. Ni ellos mismos saben para qué necesitan la nacionalidad.

O la conversación puede ir en la dirección contraria:

—¿Has oído que en octubre van a dejar entrar gente?

—¿Dónde? —pregunto yo.

—Cómo que dónde, en Rusia. Un piloto se largó de la URSS en un avión de caza y ahora nos devolverán allí, para compensar, ¿entiendes? Uno se larga, y dejan entrar a dos mil

personas. Dos mil que quieren volver. Y la mitad de los solicitantes empieza por pedir que los envíen directamente del avión a un campo de concentración, que quieren cumplir condena por su delito, por haberse ido del país. ¿Tú tienes pensado volver? Me han dicho que te han vuelto a publicar en el *Pravda* o el *Izvestie*.

—Bueno, eso fue hace tiempo, en junio —digo yo—. Tradujeron una parte del *Times* de Londres, pero lo tergiversaron. No, no tengo intención de volver, no se me ha perdido una mierda allí. Me da vergüenza volver, se reirán de mí. No iré, no volveré nunca.

—Aún eres joven —dice él—. Inténtalo, a lo mejor lo consigues. Yo sí que iré —continúa en voz baja—. ¿Sabes? Allí me dejé llevar por la ambición, me di demasiada importancia, y cuando llegué vi que no soy capaz de hacer nada. Quiero tranquilidad, ir a algún sitio de la provincia de Tula, tener una casita, pescar, tener un arma, trabajar de profesor en una escuela rural. Esto es un infierno —dice—. Nueva York es una ciudad de locos. Volveré, ya me he esforzado bastante aquí. Aquí no tienen libertad, tú prueba a decir algo valiente en el trabajo. Te irás sin hacer ruido, en silencio.

Aquel hombre trabajaba, básicamente fregaba platos en varios sitios. Recibía el subsidio por desempleo, 47 dólares a la semana, y vivía en el West, en la calle Ochenta, estaba en el hotel de visita a un amigo.

—¿Juegas al ajedrez? —me pregunta al despedirse.

—No lo soporto —contesto.

—¿Y bebes vodka?

—Bebo vodka —digo—, aunque ahora no muy a menudo.

—Aquí no se bebe —se lamenta—. Antes bebías setecientos gramos con algo de picar, volabas por Leningrado como si tuvieras alas y te sentías bien, contento. Aquí bebes y solo sirve para amortiguar el golpe, es aún peor. Pasa —dice—, te invitaré a *borsh*.

A diferencia de mí, él hace el *borsh* utilizando una remolacha especial. Todos se quejan de que aquí no se bebe. Sí se bebe, pero no igual, el alcohol te oprime... yo pronto dejaré de beber, claro.

Durante un tiempo trabajé en el periódico *Russkoe Dielo* de Nueva York, por aquel entonces me interesaban los problemas de la inmigración. Después de un artículo titulado «Desengaño» me despidieron del periódico: del mal, cuanto más lejos, mejor. Luego ya no tenía ningún interés por el problema de la inmigración. La familia se quebró, el amor que yo consideraba mi Gran Amor agonizaba de dolor, yo apenas me mantenía con vida. Todos estos acontecimientos culminaron con el sangriento 22 de febrero, con las venas abiertas en el portal de la distinguida agencia de modelos Zoli donde por aquel entonces vivía Elena, y luego una semana viviendo como un vagabundo en el centro de Manhattan. Sin embargo, una vez alojado en el hotel, mejor dicho, una vez recuperado, de pronto vi que mi mala fama no había muerto, todavía había gente que me llamaba y venía a verme, con ese hábito tan soviético de pensar que un periodista podía ayudarla. Ay, queridos, pues vaya un periodista estoy hecho, sin periódico, ni amigos ni contactos. Yo evitaba esos encuentros por todos los medios a mi alcance, les decía que no podía ayudarme ni a mí mismo, pero aún así no pude eludir algunos de ellos. Por ejemplo, tuve que quedar con «el tío de Sasha», unos conocidos se salieron con la suya. «Tienes que ayudarlo, es viejo, habla con él aunque sea, se sentirá mejor.»

Fui a su habitación. Por el estado en que esta se encontraba, parecía que viviera con un perro. Busqué el perro con la mirada, pero no había ninguno.

—¿Parece que tenía usted perro? —le pregunté.

—No, nunca —contestó él, asustado—, me confunde con otra persona.

Sí, claro, era yo el que me confundía. Por el suelo rodaban huesos, galletas saladas, pieles de fruta, restos que formaban una capa dura y densa, como guijarros en la orilla del mar. Exactamente la misma capa de restos fosilizados de comida cubría la mesa, el armario, el antepecho de la ventana, todos los planos horizontales, incluso los asientos de las sillas. Él era un viejo normal y corriente, gordo y lamentable, con la cara arrugada. Solo sabía de él que se había pasado toda la vida escribiendo sobre el mar y los marineros. Publicaba rela-

tos marinos en la revista de viajes *Vokrug Sveta* y otras publicaciones soviéticas.

—Quería quedar con usted —dijo con un suspiro— porque me encuentro en una situación desesperada, no sé qué hacer, echo tanto de menos a mi esposa, que es rusa... —Me enseña una foto bajo un cristal y me mira una mujer extenuada—. ¿Para qué me trajeron aquí? —continúa—. Soy incapaz de aprender el idioma. Vivo en muy malas condiciones, he recibido el subsidio, 280 dólares al mes, ahora he llegado a la edad de la jubilación y me han dado la pensión: 218 dólares en total. Me dieron dos cheques, y como persona honrada que soy fui a mi centro de servicios sociales y les dije: aquí tienen los dos cheques, pero no quiero la pensión, quiero el subsidio. La habitación cuesta 130 dólares, solo me quedan 88 dólares al mes para comida, y así no puedo, moriré de hambre, tengo mal el estómago. Fui honradamente, lo dije, devolví el cheque. Y ellos me dicen: «No podemos hacer nada. Por ley tiene que recibir la pensión.» Estaba a punto de llorar.

—¿Y para qué vino aquí? —pregunto yo con maldad.

—¿Sabe? Yo siempre he escrito sobre el mar. En cuanto llega un barco, yo enseguida subo. Los marineros me querían, me hablaban de todo tipo de países. Quería ver mundo. ¿Cómo voy a vivir? —Me mira a los ojos—. Quiero ir con mi mujer, es tan buena... —Llora.

—Vaya a la embajada soviética en Washington —le digo—, a lo mejor le permiten volver, aunque no puedo asegurárselo. Suplique, llore. ¿Aquí no ha escrito nada en contra de ellos?

—No —dice él—, solo un relato en inglés sobre el mar que pronto publicarán en una revista, pero no antisoviético, sobre el mar. Escuche, ¿no me meterán en la cárcel? —me dice, agarrándome de las manos.

—Oiga, ¿por qué le iban a encerrar...?

Quería añadir que nadie lo necesitaba para una mierda, y algo más cáustico, pero me contuve. No me daba lástima. Estaba sentado frente a él en su silla mugrienta de la que quitó con la mano pieles y polvo. Él estaba sentado en la cama, delante de mí sobresalían sus pies viejos con zapatillas azules, me resultaba desagradable: era un viejo tonto y desagradable. Yo

era una persona con otra formación, y aunque a menudo prorrumplía en sollozos apagados en la habitación, la inmigración me habría importado un pimiento de no ser por Elena. La masacre del amor, el mundo sin amor me resultaba aterrador. Pero ahí estaba yo sentado frente a él, flaco, malvado, bronceado y en tejanos y chaqueta entallada, con los muslos pequeños que me dolían de estar sentado, pura maldad. Podía desearle que se convirtiera en alguien como yo y cambiara sus miedos por mis maliciosos terrores, pero él no quería ser como yo.

—¿Cree que me dejarán entrar? —dijo en tono servicial.

Estaba seguro de que no le iban a dejar entrar, pero tenía que consolarle. No sabía nada de él, aparte de lo que él mismo decía, a lo mejor no era tan inofensivo como aparentaba en su situación actual.

—Me gustaría pedirle —dice, viendo que me levantaba de la silla— que no hablara con nadie de esta conversación. Por favor.

—No diré nada —digo yo—. Perdone, pero me esperan.

Las zapatillas azules me acompañaron hasta la puerta. En el ascensor suspiro aliviado. Que le den a ese idiota.

De todas formas, le conté a Levin mi conversación con él, como una travesura.

David Levin tiene aspecto de espía o de provocador típico del cine popular soviético. Yo no soy un maestro del retrato, pero lo más característico de su fisonomía es la calva, solo en los costados de la cabeza aparece una especie de pelusilla. No lo conocía, pero me dijeron que había dicho sobre mí algunas cosas sucias por la espalda. Es un chismoso increíble, ese Levine. Me lo dijo Lenia Kosogor, el que aparece en el segundo tomo de *Archipiélago Gulag*. Me importaba tan poco todo eso de la inmigración rusa, la antigua, la nueva y la futura, que me limitaba a reír. Pero cuando me instalé en el hotel, un día, para mi sorpresa, me paró y me dijo en tono de reproche que era un arrogante por no querer hablar con él. Yo le dije que no era un arrogante, que en aquel momento tenía prisa pero que unas horas más tarde cuando volviera pasaría a verle. Y fui.

Para un ruso más o menos sensato, otro ruso no es ningún enigma. Mil signos indican enseguida cómo y quién es esa per-

sona. Levin me daba la impresión de ser alguien que en cualquier momento se deja llevar por la histeria y se pone a vociferar. Sé de antemano lo que va a gritar. Será más o menos la siguiente frase: «¡Vete, puta, por qué pones esa cara, quieres que te arranque los ojos, ostra asquerosa!» Esa frase de delincuente resume todas mis impresiones de Levin. No conozco con detalle su vida, pero sospecho que probablemente en la URSS estuvo en la cárcel por algún delito. O tal vez no.

Dice que es periodista, pero en los artículos de Levin publicados en la propia *Russkoe Dielo* no hay más que cagadas, como que en la URSS solo los miembros del KGB viven en casas nuevas y otros cuentos. Ahora dice que es periodista de Moscú, pero cuando me crucé con él en Roma decía que era periodista de Arjánguelsk. Todo lo que cuenta sobre sí mismo es contradictorio. Por una parte dice que vivía muy bien en la URSS, que en los viajes por trabajo «iba en aviones del Comité Central», y por otro que en la URSS había sufrido antisemitismo. Ahora mismo vive exclusivamente del dinero que recibe de organizaciones judías o directamente de la sinagoga. Es otro tipo de subsidio social. No sé cuándo le hicieron una operación en el abdomen, me parece que utilizaba su desgracia como un medio para sacarles dinero a los judíos americanos. En realidad él me importa una mierda, qué puede tener de interesante una persona de cincuenta y tantos años con mala salud, que vive en un hotel de mierda y está escribiendo la obra de teatro *Adán y Eva*, que me leyó avergonzado. Yo también me cohibí, incluso me supo mal ofender a Levin, así que le dije que ese género literario no era lo mío y por eso no podía decirle nada sobre su obra. No podía decirle que su *Adán y Eva* no era ningún género literario, sino una forma de atontamiento consecuencia de la vida occidental en la que él, como todos nosotros, entró al llegar aquí. Él aún aguanta bien, otros se volverán locos.

Ya en la primera conversación, Levin se puso a tirar mierda sobre todo el hotel, todos sus habitantes, pero era evidente que le jodía estar solo, y de vez en cuando se juntaba con alguno. Se juntó también conmigo, me llevó a la sinagoga con él, a un concierto, me presentó a una mujercita judía que habla-

ba en ruso, al principio asistía al servicio en la sinagoga, además estuve sentado durante todo el servicio mostrando interés y veneración, me comporté con decencia y cautela, mientras Levin charlaba sin parar con la viejecita. Gracias a él entré en ese mundo, pero me aburrían esas comidas familiares judías a las que me invitaban, no me convenían. Me encanta el pescado relleno y el picadillo de arenque, pero soy más de explosivos, congresos y emblemas rellenos, como veréis más adelante. A Édichka le aburre la vida normal, ya se apartó de ella en Rusia, no iba a dejarme llevar aquí por el sueño y el trabajo. Y una mierda.

Levin vino a verme varias veces después de aquello, y a pesar de que me esforcé por inculcarme el amor al prójimo y pensaba que debía compadecer a todos los desgraciados, y Levin entraba a mi juicio en la categoría de «persona desgraciada», y de que, pese a su maldad, realmente me daba lástima, tuve que poner fin a nuestra amistad. Todo lo que vio en mi habitación y todo lo que le dije, a sabiendas de que lo iba a multiplicar, inflar y distorsionar, logró exagerarlo aún más con sus hipérboles absurdas. El retrato de Mao Tse Tung de la pared se convirtió en mi ingreso en el partido chino. No sabía a qué partido chino se refería, pero había que reducir la cantidad de rusos en mi vida, y Levin entró en esa reducción, pobre víctima maliciosa. Me saludo con él y a veces le miento durante medio minuto. No me cree, pero escucha y luego me voy. «Tengo cosas que hacer», le digo.

Fuera de su sitio, sin el entorno habitual ni un trabajo normal, en los bajos fondos de la vida, la gente tiene un aspecto lamentable. En algún momento fui a bañarme en Long Beach con el furibundo judío Marat Bagrov, un tipo que se las arregló para montar una contramanifestación en respuesta a la manifestación a favor de la libre salida de los judíos de la URSS que transcurría por la Quinta Avenida. Ahí salió él con las consignas: «¡Basta de demagogia!» y «¡Ayudadnos aquí!». Así que fuimos a Long Beach, Marat Bagrov conducía el coche que le robaron al día siguiente, y el ex campeón de ciclismo de la Unión Soviética Naum y yo éramos los pasajeros. Íbamos de invitados a casa de dos friegaplatos que trabajaban en Long

Beach, en una casa para *senior citizens*. Sin apenas mirar las habitaciones situadas en un sótano donde vivían los friegaplatos, uno de los cuales había sido músico antes, el otro industrial y hombre de negocios, especialista en ahumar pescado, crucé un cercado para ir a la playa sin pagar los dos dólares.

Las gaviotas, el océano, la niebla salina, la resaca. Estuve un buen rato tumbado solo, no sabía en qué mundo me encontraba. Más tarde llegaron Bagrov y Naum. «¡Maldita emigración!», no paraba de decir el ex campeón de treinta y cuatro años.

—Cuando acababa de llegar a Nueva York, fui a comprar el periódico, compré el *Russkoe Dielo* y ahí estaba tu artículo. Para mí fue como un mazazo. ¿Pero qué he hecho?, pensaba, ¿para qué mierda he venido aquí?

Mientras habla va cavando un hoyo en la arena. «¡Maldita emigración!» es su estribillo constante. Lleva ya unos meses trabajando, en su último trabajo reparaba bicicletas y organizó una huelga junto a otros dos trabajadores —un puertorriqueño y un negro— para exigir el mismo sueldo para todos. A uno de ellos le pagaban dos y medio la hora, al otro tres, y al tercero tres y medio.

—El *boss* llamó al negro y cuando llegó le preguntó por qué no estaba trabajando si era el horario laboral —dice Naum, que seguía cavando el hoyo mecánicamente—. El negro va y le dice al *boss* que tenía visita en el médico y por eso se había ido antes. Luego le pregunta al puertorriqueño por qué se ha ido antes del trabajo. Este también se acobarda y le dice que tenía que ir a la *Social Security*. Yo voy y le pregunto al *boss* por qué no nos paga lo mismo a todos si trabajamos lo mismo... —Naum se va encendiendo—. Él despide al negro y le dice que se puede ir. Yo me fui por voluntad propia, y ahora trabajo de soldador, sueldo camas, son unas camas muy modernas y muy caras. Las sueldo una vez, luego limo las juntas, compruebo que no haya agujeritos, que la oquedad está bien, y si no vuelvo a soldar y a limar. Llego a casa y tengo toda la cabeza llena de polvillo...

Naum vive en Broadway, en el West Side, allí también hay un hotel parecido al nuestro donde van a parar los judíos. No

sé cómo son las habitaciones, pero el barrio es un poco peor, más de rateros.

—¿Te sigues tirando a tu negra? —le pregunta Bragov, pragmático.

—A esa ya no —contesta Naum—, se volvió una descarada. Antes cobraba cinco, ahora siete y medio. Eso no me importaría, pero un día llamó a la puerta a las dos de la madrugada, la dejé pasar, y me dijo que folláramos. Yo le dije que vale, pero gratis, y ella va y me dice que gratis no. Yo le digo que solo tengo un billete de diez, que no tengo más dinero. «Entonces dame el de diez, mañana te traeré el cambio y te doy uno gratis», me dice. Follamos y se fue a la mierda durante una semana. Y yo no tenía más dinero. Al cabo de una semana vino y me pidió dinero por adelantado, sin decir ni mu del cambio que me debía. Le digo que se largue y ella me suelta: «Dame dos dólares por venir hasta aquí, el portero me ha abierto la puerta y me ha acompañado al ascensor, le he prometido dos dólares por dejarme pasar.»

—¿Y se los diste? —preguntó Bragov con interés.

—Sí —dice Naum—, pero paso de ella, tiene un chulo.

—Sí, mejor que pases de ella —dice Bragov.

—¡Maldita emigración! —exclama Naum.

—Hay que pelearse, robar, matar —digo yo—. Organizar una mafia rusa.

—Si escribo una carta a la Unión Soviética —dice Bragov sin escucharme—, chicos, no entenderán una mierda. Tengo un amigo, un deportista, que soñaba con ir a los Juegos Olímpicos. Le escribiré para contarle que he ido en coche a los Juegos Olímpicos de Montreal, se morirá de envidia. Fui a Montreal cuando aún no trabajaba, con la prestación de desempleo.

—¿Qué mierda le vas a contar, que aparte del coche y de Montreal aquí puedes estar con la mierda hasta el cuello? Es imposible de explicar —dice Naum—. ¡Maldita emigración!

—Sí, es imposible de explicar. Y si viniera, no le importaría nada Montreal y también estaría de mierda hasta el cuello. Por el coche pagué ciento cincuenta dólares, y es una porquería.

Una vez terminado el baño —durante el cual aquellos hombres adultos estuvieron dando volteretas como niños en

las olas, algo que yo, Édichka, no pude soportar durante mucho tiempo—, fuimos los últimos en irnos de la playa, cuando el sol ya se ponía, comentando que en América poca gente nada o se baña, la mayoría se limita a sentarse en la orilla, o a entrar en el agua hasta la rodilla y chapotear, mientras que en la URSS todo el mundo pretende nadar un poco más allá y las lanchas de salvamento tienen que sacar a los bañistas más entusiastas y obligarles a nadar cerca de la orilla.

—Esa es una diferencia esencial entre el carácter ruso y el americano: el maximalismo —digo yo entre risas.

Vamos a casa de los friegaplatos y en la habitación de uno de ellos montamos una comilona: dos lavaplatos, un soldador, un desempleado y un perceptor del subsidio social. Hace unos años, si nos hubiéramos reunido en la URSS, seríamos un poeta, un músico, un deportista campeón de la Unión Soviética, un millonario (uno de los lavaplatos, Semión, tenía cerca de un millón en Rusia) y un periodista de televisión conocido en todo el país.

—Hoy el jefe se ha pasado todo el día observándonos, sabía que teníamos invitados, por eso hemos podido coger menos comida de lo normal —se justifican los lavaplatos. Comemos pollo prensado, conversamos animadamente, nos servimos whisky de una botella de casi medio litro, deprisa porque ya ha anochecido y aún tenemos que llegar a Manhattan.

El músico trabaja aquí para reunir dinero y comprar un billete a Alemania, quiere probar, quizás allí la situación sea mejor. El violín está en un rincón, cuidadosamente envuelto en trapos encima de la funda. Dudo que lavar platos le permita perfeccionar su técnica con el violín. En realidad el músico no está seguro de querer ir a Alemania, también tiene un deseo paralelo de enrolarse en un barco liberiano como marinero, y además le gustaría ir a California.

Como muestra pintoresca de lo que nos depara el futuro aparece un colega de los lavaplatos, un viejo ucraniano. Recibe por el mismo trabajo sesenta y seis dólares limpios a la semana. «Es sumiso, su jefe lo explota como quiere, y además ya es viejo, no puede trabajar tan rápido como nosotros», dicen los lavaplatos directamente delante del viejo, que no sien-

te vergüenza ninguna y sonrío desconcertado.

Abandonamos a los hospitalarios lavaplatos y, con la temperatura descendiendo a cada paso, nos dirigimos a Nueva York por las hermosas carreteras americanas. Avanzamos, nos enfadamos, soltamos tacos, nos ponemos gallitos, pero enseguida nos separamos y cada uno se queda consigo mismo.

El Hotel Winslow. Me instalé aquí para un mes, para calmarme y situarme y luego alquilar un piso en el Village o un loft en el Soho. Ahora me conmueve mi propia ingenuidad. Ciento treinta dólares es todo lo que puedo pagar, con ese dinero apenas puedes instalarte en algún sitio de la avenida C o D. En ese sentido, el Hotel Winslow es todo un hallazgo. A fin de cuentas está en el centro, ahorro en transporte y voy a todas partes a pie. Y los inquilinos, bueno, puedes no tener relación con ellos.

Cuando me obligaba a acostarme con la americana Roseanne, como parte de un programa diseñado por mí de adaptación a mi nueva vida, volvía a casa muy tarde, a las dos o dos y media de la noche. A veces había taxis junto al hotel, con huéspedes del hotel sentados en el sitio del conductor.

—¿Cómo va? —preguntaba yo.

—Ya tengo treinta y dos dólares —me dijo un tipo afeitado al cero al que conozco pero cuyo nombre no recuerdo—. Ahora volverá la gente de los bares y yo empezaré a conducir otra vez.

Se acerca otro taxi. Los conductores comparten sus lamentos ante la falta de clientes.

Hubo un tiempo en que estaba de moda trabajar en un taxi, ahora la moda ha pasado un poco. En primer lugar porque mataron a un taxista ruso, y no es una noticia muy agradable cuando uno trabaja en un taxi, además a dos tipos de nuestro hotel los despidieron por llegar tarde al parque de taxis.

En nuestro hotel también hay gente inteligente. Edik Brutt, por ejemplo, es vegetariano y se pasa todo el tiempo leyendo, completando su formación. Lee lírica de los antiguos, y a Omar Jayyam, las obras de Shakespeare y filosofía china, en ruso, claro. Edik es un tipo bueno, tranquilo y con bigote, tiene un amigo americano, un tío alto de unos cuarenta años que sabe

muchos idiomas, por lo demás se parece a Edik, no se relaciona con mujeres y a sus cuarenta años vive con su madre. Ese americano, de apellido Bant, suele llevar a Edik no sé dónde a oír música de órgano. Una distracción cultural. Yo no aguantaría ni cinco minutos, pero a Edik le gusta, y yo lo respeto.

En Moscú Edik era operador de cine o asistente de operador de cine. Ahora lleva una vida tranquila, da de comer a todo el que va a verlo, presta dinero, te daría hasta el último dólar, y recibe la prestación social.

Otro intelectual de nuestro hotel es un hombre alto y rubio de treinta y tres años, el poeta Zhenia Knikich. Como veis, tiene un apellido típico de Leningrado, muy refinado. Su especialidad es la filología, defendió su tesis sobre la novela de Dostoievski *Stepanchikovo y sus habitantes*, desde el punto de vista de la singularidad. Cocina riñones o salchichas en un desván que da a un pozo oscuro del patio, sentada en su cama hay una chica americana fea que le enseña inglés, de las paredes cuelgan hojas con expresiones escritas en inglés del tipo «quiero trabajar». No se corresponde con la realidad, Zhenia no tiene muchas ganas de trabajar, su intención ahora es recibir el subsidio social. «Soy un investigador serio», me dice. Yo creo que es un investigador serio, por qué no, pero él y yo sabemos que nadie necesita para una mierda a un investigador serio, especialista en Gógol y Dostoievski, profesor de estética de profesión. Se necesitan lavaplatos serios que hagan el trabajo sucio sin disertaciones literarias. La literatura también tiene su mafia, como en el arte, en cualquier tipo de negocio existe una mafia.

En la inmigración rusa también existen los mafiosos. El rubio Zhenia Knikich no estaba tan preparado para eso como yo. Igual que hice yo en su momento, Zhenia trabajaba en el periódico *Russkoe Dielo* con uno de los principales mafiosos de la inmigración rusa: Moiséi Yákovlevich Borodátij. Los mafiosos nunca permiten que otros accedan al chollo, una mierda. Está en juego el pan, la carne y la vida, las chicas. Nosotros ya sabemos de qué va, intenta abrirte camino en la Unión de Escritores de la URSS. Te aplastan, porque está en juego el pan, la carne y las tías. No es una lucha por la vida o la muerte: es

por los coños de las Elenas. No es ninguna broma.

A veces se apodera de mí una rabia gélida. Miro desde mi habitación las paredes de los edificios vecinos que se alzan hacia el cielo, toda esa ciudad grande y aterradora, y entiendo que esto es muy serio. Es ella o yo, la ciudad o yo. O me convierto en ese lamentable viejo ucraniano que fue a la triste y lamentable comilona en casa de mis amigos los lavaplatos, donde él era aún más triste y lamentable o... o hay que vencer. ¿Cómo? Y yo qué sé cómo, a lo mejor el precio es la destrucción de esta ciudad. Por qué me voy a compadecer de ella, si ella no se compadece de mí. Hay otros, no soy el único. En cualquier caso, nunca sacarán mi cadáver del Hotel Winslow como si fuera un estúpido trozo de madera.

Una aterradora seriedad, una cierta aspereza por mi situación me atenaza a primera hora de la mañana; me pongo en pie, tomo café, me deshago de los pedazos somnolientos de alguna canción o verso triste ruso, de algún que otro delirio ruso, me siento con mis papeles, ya sea inglés o lo que intento escribir. Miro por la ventana todo el tiempo. Esos edificios me irritan. ¡Me revuelven las putas tripas! Aquí he empezado a soltar muchos tacos. «Es poco probable que consiga expresarme en este sistema», pienso, saboreando con melancolía el largo y arduo camino, pero hay que intentarlo.

La comida barata, no siempre abundante, las habitaciones sucias, la ropa pobre y mala, el frío, el vodka, los nervios, la segunda esposa que se volvió loca. Diez años de esa vida en Rusia y ahora a empezar de nuevo, ¿dónde está la justicia en este puto mundo?, me dan ganas de preguntar. Estuve diez años trabajando un día tras otro, escribí tantos poemarios, tantas poesías y relatos, muchos tuvieron éxito, fui capaz de crear en mis libros una imagen definida del hombre ruso. Y los rusos me leían, compraron los ocho mil poemarios que imprimí y repartí durante esos años, los recitaban de memoria, los leían.

Pero un día comprendí que no llegaría más lejos que eso, está bien, en Moscú me leen, y en Leningrado, y mis poemarios llegaron a una decena más de ciudades grandes, la gente me aceptó, pero no el gobierno. Lo que yo hago se puede difundir por todos los medios artesanos que quieras pero así nunca

se llega al pueblo. Siento una amargura en el alma porque a un tal Rozhdestvenski le hicieron tirajes de miles de ejemplares, y a mí no me publicaron los poemas. A la mierda vosotros y vuestro sistema, pienso, trabajo para vosotros desde 1964, cuando dejé la venta ambulante de libros, no insistiré más. Me iré a la mierda con mi querida esposa, me iré a ese otro mundo, dicen que allí los escritores son más libres.

Y llegué aquí. Ahora veo que aquí o allá es la misma mierda, cada sitio tiene sus pandillas. Pero aquí pierdo por partida doble porque soy escritor ruso, escribo palabras en ruso, y resulta que estoy malacostumbrado a la fama en la clandestinidad, a la atención del Moscú clandestino, a la Rusia creativa donde el poeta no es un poeta como en Nueva York. En Rusia, desde tiempos inmemoriales, un poeta es una especie de líder espiritual; allí, por ejemplo, conocer a un poeta es un gran honor. Aquí el poeta es una mierda, por eso incluso Joseph Brodsky se entristece en vuestro país. Una vez me dijo, mientras bebía vodka durante una visita a mi casa de Lexington: «En este país hay que tener piel de elefante, yo la tengo, pero tú no.» Joseph Brodsky sentía la melancolía de haberse vuelto dúctil al orden de este mundo, pese a no haber sucumbido al otro orden. Yo entendía esa tristeza. En Leningrado, aparte de las dificultades, tenía a decenas de miles de admiradores, lo recibían con gran entusiasmo en todas las casas por las noches, las Natashas y las Tánias, las preciosas chicas rusas eran todas suyas porque él, un joven judío pelirrojo, era un poeta ruso. El mejor lugar para un poeta es Rusia. Allí incluso las autoridades temen a nuestros hermanos. Desde siempre.

Los otros chicos, mis amigos, los que se fueron a Israel, eran unos nacionalistas, cuando se fueron pensaban que en Israel encontrarían el modo de aplicar su inteligencia, su talento, sus ideas, pues lo consideraban su Estado. ¡Pero qué iba a serlo! No es su Estado. Israel no necesita sus ideas, su talento o su capacidad de razonamiento, no, Israel necesita soldados, lo mismo que en la URSS, ¡uno, dos y a callar! Pero si eres judío tienes que defender tu patria. Ya estamos hartos de defender vuestras viejas banderas descoloridas, vuestros valores que hace tiempo dejaron de serlo, estamos hartos de defender «lo

vuestro». Estamos cansados de lo vuestro, viejos, pronto seremos nosotros viejos, y dudamos de que convenga, de que sea necesario. A la mierda todos...

«Nosotros.» Aunque me concibo como un ser independiente, todo el tiempo vuelvo a ese concepto: «nosotros». Aquí ya somos muchos. Hay que reconocerlo, entre nosotros hay bastantes locos, y es normal.

Un tal Lenia Chaplin aparece constantemente entre los inmigrantes. En realidad no es un Chaplin, tiene un apellido judío muy complicado, pero ya en Moscú estaba secretamente enamorado de la hija pequeña de Chaplin y en su honor adoptó ese pseudónimo. Cuando dicha hija se casó, Lenia estuvo de luto e intentó envenenarse. Lo conocí en Moscú, solo estuve una vez en su casa por su cumpleaños, aparte de mí solo había una persona, el filósofo Bondarenko, un tipo medio normal, ideólogo del fascismo ruso, auxiliar en una tienda de vino y bebidas alcohólicas. Me sorprendió la habitación estrecha de Lenia, como un tranvía, con todas las paredes cubiertas por varias capas de personajes grandes y pequeños de nuestro mundo. Estaban Oswald y Kennedy, Mao y Nixon, Che Guevara y Hitler... nunca había visto una habitación más delirante. Solo el suelo estaba libre de personajes. Unas cabezas se pegaban encima de otras, la capa de papel tenía un dedo de grosor.

Después de pasar por diferentes estados de EE.UU. y, según las malas lenguas, por varios manicomios públicos, ahora Lenia vive en Nueva York y recibe la prestación social. Tiene una manera peculiar de gastar su subsidio. Reserva todo el importe, cerca de doscientos cincuenta dólares. Quiere viajar en un futuro, y a lo mejor alistarse en el ejército americano. Duerme en casa de amigos, y para comer... saca de los cubos de la basura de la calle un trozo de pizza o alguna otra marra nada. Además, repite una y otra vez la misma frase: «La gallina se alimenta de granitos.»

En cierto modo somos familia con ese loco de Lenia, que aún sigue siendo un joven inteligente, y en sus tiempos incluso citaba a Nietzsche y escribió no sé qué parábolas budistas sobre tres elefantes. La sobrina de mi segunda esposa, Anna Rubinstein, fue su primera mujer. La lasciva Stella, a quien, en

palabras de un viejo amigo mío, «le cabían unas cuantas colas en cada agujero», se tiró al alto y esquizoide Lenia. Mi pariente también vivió en Israel antes que en América.

Lenia siempre está en casa de alguien masticando algo, y a veces también visita a mi vecino Edik Brutt.

—¡La madre que te parió, ya estás otra vez con tus chismes, siempre deambulando, cabrón! —le digo—. Mente sana, deberías estar en casa, escribir algo, trabajar —digo.

—Qué grosero te has vuelto, Limónov —dice Lenia, barbudo y con entradas, vestido con unos tejanos rotos. Le doy un poco de miedo. Incluso la forma de la cabeza y la curvatura de su alta figura confirman que está loco de nacimiento. Yo no veo que sea un pecado o una desgracia especial, solo constato el hecho con alegría.

Sashenka Zelenski sufre un tipo de locura totalmente distinto. Esa mosquita muerta con bigote es conocido por tener una cantidad enorme de deudas para ser inmigrante. No trabaja en ningún sitio, no percibe subsidios y vive exclusivamente de prestado. En la pared del estudio que tiene alquilado, no en cualquier sitio sino en la calle Cincuenta y ocho, por trescientos dólares al mes, luce una inscripción orgullosa: «Mundo: ¡te debo dinero!»

Zelenski terminó en Moscú sus estudios en el Instituto de Relaciones Internacionales. Su padre era un pez gordo de la revista *Krokodil*. Al llegar a América, Sasha comenzó trabajando de economista en transporte marítimo, esa es su profesión y, como sabe inglés, lo contrataron en su especialidad. Allí ganaba bastante dinero, pero claro, su locura hervía en su interior y exigía víctimas, alguna forma de materializarse. Sasha decidió que era un gran fotógrafo, aunque en la URSS nunca había hecho una sola foto. Creo que Sasha (un hombre flaco que parecía una mezcla de dos escritores rusos, Belinski y Gógol) escogió la fotografía porque según él era una profesión «de moda» y sería la manera más fácil de ganar dinero. Si hubiera decidido que era fotógrafo e hiciera fotografías, trabajara, probara, buscara, estaría bien, simplemente se llamaría «fanatismo». Pero el caso era más grave porque no hacía fotos, no sabía hacer nada y desarrollaba una actividad frené-

tica gracias a préstamos de importes cada vez más elevados. ¿Cómo lo consigue? No lo sé. A lo mejor se pone un gorrito y va a la sinagoga. Es lo que hacen muchos...

¿A cuánto asciende su deuda? No lo sé. Tal vez veinte mil. Llama a gente que ha visto una vez en la vida y les pide dinero, y se ofende mucho cuando se niegan. Hace muchísimo tiempo que no paga por su estudio, no sé cómo todavía no le han echado. Sobrevive a base de pan y agua, está en los huesos, pero por algún motivo no se pone a trabajar. Estuvo un tiempo trabajando de camarero en el Beef Burguer de la calle Cuarenta y tres, pero al cabo de poco tiempo lo echaron.

Su voz es aguda, lleva zapatos planos y tejanos agujereados. Antes tenía la mala costumbre de criticar en voz alta, para su propio sosiego, a fotógrafos célebres, junto con un chico también fotógrafo que vivía en la planta de abajo, Zhigulin. «¿Hiro? Una mierda. Avedon es un viejo chapucero...» Iban pasando nombres. Zelenski y Zhigulin sabían cómo hacer obras maestras, pero por algún motivo no las hacían. Ahora se han calmado un poco.

Actualmente Sashenka Zelenski está esperando que su madre llegue desde Moscú, la quiere mucho. Hace un tiempo se encontraba en un estado tan salvaje que Zhigulin me dijo: «Recuerda mis palabras: se va a ahorcar.» Por aquel entonces no dejaba entrar a nadie en su casa, se quedaba sentado encerrado en la eterna penumbra de su destartalado estudio (lo único que tenía de fotógrafo era el estudio), pero eso pasó. Pronto llegará mamá, y el bigotudo Sashenka, con esa mirada enfurecida (había algo equino en sus ojos, como desviados a un lado, siempre recelosos, siempre con esa suspicacia), a lo mejor obliga a mamá a trabajar, mientras él se dedica al inminente proyecto del anillo, el diseño de un anillo, que luego irá a ofrecer a las joyerías. De vez en cuando viene a verme, a mí, una persona que ha cosido mucho en la vida para conseguir un pedazo de pan, y Zelenski viene a pedirme que cosa para su proyecto una camisa de diseño que oculta con mucho celo. Le digo que compre el material y me traiga su proyecto, y lo coseré enseguida. De eso hace ya dos años, y nunca compra el material ni me trae el proyecto porque todas sus empresas

inacabadas solo tienen un nombre: demencia. No de esa que hace que alguien se agarre a una verja, vocifere y salpique baba. No, la suya es una demencia calmada, suplicante, de voz débil cuando intenta imprimir fotografías en color, cuando inventa proyectos de anillos o baterías solares, o de repente decide dedicarse seriamente a la música clásica. El ser humano no tiene tranquilidad en este mundo. Tiran de él por todas partes y le obligan a ganar dinero. ¿Para qué queremos el dinero? Para pasar de ser el estropajoso de Zelenski con sus zapatos planos a ser Zelenski el magnífico, con su Rolls Royce y una preciosa *lady* blanca y sonriente al lado. Todos los miserables sueñan con chicas blancas. Yo ya tuve a mi chica blanca.

